

El Desafío Crítico a los Economistas Ortodoxos

Claudio Katz

Los cambios registrados en el perfil de los economistas ilustran muchas transformaciones del capitalismo actual. Apoyándose en la internacionalización de la profesión bajo la hegemonía norteamericana, la ortodoxia absorbió al institucionalismo y redujo la influencia de los críticos. Este avance neoliberal se explica por las funciones que cumplen los ortodoxos como personal de la clase dominante, en una etapa de ofensiva del capital sobre el trabajo. Propagan teorías naturalistas y mecanicistas para justificar esta agresión y difunden concepciones que glorifican el mercado y legitiman la desigualdad social. Frente a esta mistificación, el institucionalismo asigna al economista una función armonizadora de los intereses de todos los ciudadanos. Pero omiten que las grandes decisiones económicas expresan las necesidades de las grandes empresas y bancos y no los intereses mayoritarios de la población.

Pretenden situar su labor en el campo de los científicos sociales, pero ignorando la enorme gravitación que tiene el punto de vista de clase en el pensamiento económico. En el plano teórico este desconocimiento se expresa en la caracterización heterodoxa de marcos institucionales y agentes plurales del proceso económico, que eluden toda referencia a la explotación como fuente del beneficio.

Los economistas críticos agrupan a los impugnadores radicales de la ortodoxia que insertan su actividad en las organizaciones populares y desarrollan un pensamiento cuestionador del orden vigente. Los marxistas conforman el sector más consecuente de este grupo, porque fusionan la práctica de economistas con la investigación científica y la militancia socialista. Su enfoque teórico -centrado en el estudio de leyes, contradicciones y tendencias del capitalismo en función del comportamiento de las clases sociales- no es conciliable con la heterodoxia.

En América Latina los economistas ortodoxos ganaron posiciones por su rol de negociadores de la deuda y gestores de las privatizaciones. Han cooptado a la mayoría heterodoxa de la Cepal y a los desertores del dependantismo. Su preeminencia en el plano teórico deriva de la conversión del neoestructuralismo en una variante del neoliberalismo. La renovación del análisis económico en la región ha quedado en manos de la nueva generación de críticos y marxistas.

La resistencia contra la mundialización capitalista está deteriorando el prestigio de los ortodoxos, que en Latinoamérica acumulan un récord de incoherencias argumentales. La oposición al pensamiento neoclásico ha comenzado a extenderse dentro de la comunidad educativa a través de la batalla “contra el autismo” que iniciaron los estudiantes franceses.

EL DESAFÍO CRÍTICO A LOS ECONOMISTAS ORTODOXOS.

Analizar la actividad de los economistas permite entender muchos aspectos del capitalismo contemporáneo, porque este grupo profesional cumple un papel social, político e ideológico cada vez más importante para el funcionamiento de este sistema. Tomando en cuenta la práctica laboral, la inserción social, el enfoque educativo y la interpretación del objeto de la disciplina se pueden distinguir tres modalidades de economistas, que podrían denominarse ortodoxa, institucionalista y crítica. Sólo los ortodoxos se asemejan a la imagen habitual del

economista, pero la identificación de esta vertiente con toda la profesión es tan generalizada, que muy pocos conocen la existencia de las otras dos formas de encarar la actividad.

Los ortodoxos se apoyan en la concepción neoclásica y consideran que su tarea es orientar la asignación óptima de los recursos de los agentes frente a las señales del mercado. Estiman que un diagnóstico adecuado de estas relaciones asegura el progreso social y por eso se especializan en apuntalar los beneficios empresarios, desenvolver políticas neoliberales y trabajar como asesores de inversión.

Los institucionalistas se basan en teorías heterodoxas, reconocen la existencia de intereses sociales contrapuestos y conflictos entre los distintos grupos y estudian el marco social y cultural del proceso económico, para definir qué tipo de instituciones políticas inducen a los mercados a favorecer el bien común. Se desempeñan como consultores o gerentes en el ámbito privado, pero en la esfera pública propugnan compatibilizar la rentabilidad con objetivos sociales. Buscan clarificar cuáles son las distintas alternativas económicas que puede seleccionar la ciudadanía en cada circunstancia.

Los economistas críticos objetan ambos modelos, porque descreen de la posibilidad de actuar como técnicos del bienestar general en una sociedad gobernada por las clases dominantes. Cuestionan el capitalismo, participan de la lucha a favor de los oprimidos y buscan su lugar de actividad en las organizaciones populares o en las entidades que fomentan el pensamiento crítico.

En los últimos veinte años se registró un notorio aumento general de la gravitación de los economistas en todos los países, que coincidió con el ascenso de los ortodoxos dentro de la profesión y su absorción del sector mayoritario de los heterodoxos, junto al acotamiento de la influencia de los críticos. Estos cambios –que tienen características extremas en América Latina- condujeron a la asimilación actual de todos los economistas con el perfil de los ortodoxos. Esta asociación es falsa y oculta que la resistencia popular a los atropellos neoliberales tiene su correlato en los crecientes desafíos que enfrenta la ortodoxia dentro del propio ámbito de la economía.

EL AVANCE ORTODOXO.

La influencia social de los economistas comenzó a crecer en la posguerra con su ingreso al empleo público para manejar estadísticas, gestionar empresas estatales y controlar el engranaje monetario-impositivo. Ya a mitad de los 70 constituían las tres cuartas partes de los graduados provenientes de las ciencias sociales en los cargos más altos del estado norteamericano. Pero su mayor avance se concretó en los 90, cuándo en países tan diversos cómo Grecia, Turquía, Irlanda, Holanda, Taiwan o la India ocuparon la jefatura de los gobiernos. En Latinoamérica y en los países del este europeo conforman el grupo profesional prevaleciente entre los presidentes, los ministros y los secretarios.

Este ascenso contemporáneo está caracterizado la creciente gravitación de los ortodoxos que privilegian el trabajo gerencial en las grandes corporaciones, en desmedro de los institucionalistas, cuyo empleo tradicional siempre fue la administración pública. Pero esta privatización de la actividad le otorgó paradójicamente más fuerza a los ortodoxos para catapultarse hacia la cúspide de la estructura estatal.

Estos cambios obedecen, en parte, a la internacionalización de las tareas del economista, que es reclutado por los organismos financieros para actuar en cualquier rincón del planeta. El FMI y el Banco Mundial se han convertido en centros de referencia laboral y también operan cómo usinas de las ideas neoliberales prevalecientes en la profesión. Han impuesto

nuevos patrones de consagración internacional, que debilitan la tradicional adscripción institucionalista de cada grupo de economistas a corrientes de pensamiento de origen nacional o regional.

La hegemonía ortodoxa aceleró, además, la homogeneización de la profesión en el uso de técnicas y prácticas semejantes. El lenguaje formalizado y los modelos abstractos han creado un código excluyente de comunicación entre los economistas, que refuerza su integración como grupo diferenciado. Pero esta uniformidad gira en torno al predominio del modelo estadounidense. La preponderancia de catedráticos norteamericanos en la obtención del premio Nobel (26 sobre 38 hasta 1995) y en el porcentaje de autores mundialmente reconocidos (dos tercios del total) ilustran esta preeminencia. El inglés se ha implantado como “idioma natural” entre los profesionales y el hábito formalizador del modelo estadounidense se ha impuesto al abordaje más humanista del enfoque europeo. ¿Cuál es la explicación y el significado de estas transformaciones?

EL PERSONAL DE LOS ATROPELLOS SOCIALES.

El economista ortodoxo cumple todas las funciones del nuevo personal requerido por la clase dominante para llevar adelante la ofensiva contra los trabajadores iniciada a mitad de los 70. Mientras que los institucionalistas keynesianos se configuraron como administradores del “estado de bienestar”, sus reemplazantes neoliberales se especializan en el desmantelamiento de las conquistas sociales. Buscar asegurar la recomposición de la tasa de beneficio mediante la instrumentación de políticas descaradamente favorables al capital.

Han ganado el favor de los empresarios y banqueros difundiendo argumentos para agredir sindicatos, recortar el gasto social, promover la masificación del desempleo y expandir la pobreza. Han creado todas las justificaciones para liquidar empresas públicas, destruir convenios laborales y vaciar los sistemas de previsión social. Se convirtieron en el grupo predilecto de la clase dominante oponiéndose a todas las reivindicaciones de los trabajadores y justificando el carácter inevitable de cualquier “ajuste” anti-popular. Su principal labor consiste en “decir no” a las demandas populares y en explicar porqué los principios de escasez impiden satisfacer los reclamos de los asalariados.

Este servicio a los capitalistas aparece frecuentemente encubierto por la jactancia de un saber requerido para manejar la compleja economía contemporánea. Se asocia a los ortodoxos con la racionalidad optimizadora, la administración de la incertidumbre y el control de las crisis y se supone que pueden gestionar los mercados y anticiparse a sus movimientos. Esta confianza conduce frecuentemente a reemplazar a los ortodoxos fracasados por profesionales de la misma orientación.

Pero en realidad, su conocimiento técnico no es exclusivo, ni decisivo como lo prueba la realización de una parte de sus tareas por expertos en administración.

El propio carácter de su profesión es ambiguo, porque al no detentar el monopolio legal para el ejercicio de sus actividades el economista tiende a ser definido por el simple reconocimiento de esta condición en el medio en que actúa.

Los medios de comunicación los han convertido en profetas “de lo que vá a pasar”, a pesar del sistemático desacierto de sus pronósticos. Su capacidad efectiva para orientar procesos productivos, financieros o comerciales es muy limitada, porque sólo están adiestrados para evaluar el comportamiento de las variables fiscales y monetarias en el corto plazo y para estimar qué políticas resultan convenientes en cada fase de ciclo. Pueden acertar o fracasar en la caracterización de la coyuntura (logrando que sus clientes ganen o pierdan fortunas), pero son incapaces de formular diagnósticos de largo plazo.

Los economistas neoliberales cumplen otra función central para la clase dominante: han sustituido en numerosos países a los políticos en los altos cargos de la administración, reforzando la tecnocracia que comanda el estado ante el vaciamiento de la democracia, la pérdida de representatividad del sistema constitucional y el debilitamiento de las instancias deliberativas y electivas. El economista ortodoxo reproduce el ideal tecnocrático que ofrecían los ingenieros a principios del siglo XX, presentándose como un profesional fiel a la ciencia e independiente de los aparatos partidarios. Pero en el poder actúa como cualquier político de carrera y comparte el desprestigio de este comportamiento a medida que ascienden a cargos de mayor responsabilidad. En general, tienden a desplazar a los abogados del manejo de la gestión pública y a ocupar el lugar dominante que tuvo el clero durante la formación del estado moderno.

El protagonismo actual de los economistas se explica también por su pertenencia a la elite cosmopolita mundial, que trabaja en las empresas transnacionales, el FMI, el Banco Mundial, la OMC y la CEE. Forman parte del personal globalizado que vive en un micromundo de bienestar desplazándose de un país a otro. El economista internacionalizado detenta un saber más centrado en la lógica del mercado que en las normas institucionales de cada nación y por eso reemplaza a otras profesiones, cuyo conocimiento estuvo tradicionalmente ligado a las reglas de cada país. Como la mundialización está dominada además por la furia competitiva, la mercantilización de la vida social, el endiosamiento de la ganancia y la preponderancia norteamericana, ha quedado instalada la falsa creencia que los economistas conforman el grupo más apto para manejar el destino de cualquier país.

Como los ortodoxos constituyen un sector muy dependiente del poder empresario y carente de autonomía de la clase dominante han erigido un “campo” cerrado y totalitario. En su ámbito no se discute el reinado del mercado, la supremacía de la optimización racional, las ventajas de la competencia, ni las bondades de la maximización del beneficio. Es una esfera de elaboración de las creencias requeridas para garantizar la gestión capitalista del estado y por eso funciona mediante un sistema de filtros explícitos e implícitos, que excluye a los cuestionadores o por lo menos frustra su ascenso a los niveles de decisión. Los ortodoxos preparan y seleccionan el personal necesario para la reproducción del capitalismo contemporáneo.

EL IMPACTO DEL NATURALISMO MECANICISTA.

Los ortodoxos han logrado crear una fascinación profesional en varias ciencias sociales y por eso exportan sus criterios analíticos de maximización al pensamiento político, a la teoría comunicacional, la sociología laboral y a las conceptualizaciones jurídicas. La tradicional división del trabajo intelectual entre quienes indagan la forma más eficiente de alcanzar ciertos fines y el estudio del sentido de estos medios y fines tiende a disolverse. Esta “colonización” de toda la teoría social se apoya en la reducción neoclásica del objeto de la economía a la indagación de los mecanismos de elección racional maximizadora.

Pero estos criterios de optimización son simples modalidades de evaluación aplicables en numerosas disciplinas y sólo sirven para esquematizar procedimientos de selección de la alternativa más conveniente entre un conjunto de opciones. Son instrumentos analíticos de la economía, pero no el objeto de esta disciplina, que es el estudio de las relaciones sociales de producción y sus leyes en cada período histórico.

Al circunscribir el análisis económico a ejercicios de optimización, los neoclásicos se entrenan en la estimación de productividad y en la elección de alternativas de inversión, ahorro y consumo. Pero indagando que “si tal cosa ocurre con x, tal otra sucederá con y”,

no avanzan mucho en identificar cuáles son las regularidades o los desequilibrios del capitalismo.

Con su estudio de relaciones funcionales a partir de ciertas restricciones, la ortodoxia tiende a asimilar a la economía con las ciencias duras y rodea la disciplina de un aura de “rigurosidad” que no detentan las restantes ciencias sociales. Esta operación se afianza con la formalización de todos los problemas en sofisticados modelos matemáticos y potencia una inclinación hacia el cuantitativismo extremo. Pero por este camino se tiende a desconocer que a diferencia de las ciencias naturales, la teoría económica estudia procesos sociales. Aquí no existe una distancia cualitativa entre el sujeto y el objeto de análisis y el investigador está directamente involucrado con las conclusiones y recomendaciones que propone.

El naturalismo de la ortodoxia se complementa con el mecanicismo inspirado originalmente en Walras y re-elaborado contemporáneamente por Arrow y Debreu, que supone la existencia de una tendencia espontánea al equilibrio general de todos los intercambios. La elección de este principio -sin aclarar nunca cómo surge o se arriba a ese equilibrio- para indagar cómo funciona un sistema caracterizado por la inestabilidad como es el capitalismo, impide investigar lo que efectivamente ocurre en la realidad. Es muy propio de los neoclásicos la construcción de modelos apoyados en sucesivas premisas (“supongamos que y...supongamos que y...”), que nunca logran clarificar ningún suceso productivo, comercial o financiero.

Para establecer sus criterios mensurables de optimización, el mecanicismo walrasiano necesita también suponer que los participantes del mercado están dotados de facultades supra-humanas. Los “agentes “ siempre conocen sus preferencias, cuentan con plena información y certidumbre de lo que sucederá en el futuro (o su equivalente en probabilidades). Este requisito conduce a muchas incoherencias lógicas (por ejemplo, partir de preferencias independientes del contexto) y variadas paradojas, que la ortodoxia intenta resolver introduciendo excepciones a su esquema (segundo mejor, externalidades, rendimientos crecientes, etc). Pero ninguna de estas correcciones puede desembarazar la teoría de los postulados de equilibrio y comportamiento de los sujetos como robots auto-programados, porque estas premisas son indispensables para el único propósito del análisis ortodoxo: dictaminar “si un modelo es o no es consistente”.

Partiendo del principio del equilibrio, los neoclásicos presumen conocer la ingeniería del sistema económico y se atribuyen la capacidad para controlar su marcha o reemplazar sus piezas defectuosas. Por eso se consideran preparados para decidir la “inevitabilidad” de tal o cual “ajuste”. Cuando buscan subrayar la inexorabilidad de cierta política sustituyen las metáforas de la ingeniería por analogías fisicalistas. Aquí proclaman que ignorar una restricción del mercado es tan imposible como evadirse de la ley de la gravedad o que eliminar el “desempleo natural” es tan nocivo como atentar contra la “necesaria desigualdad”. Esta presentación de leyes económicas como enunciados fatalistas (“si baja el desempleo sube la inflación”, “si suben los salarios cae la productividad”) persigue el inocultable objetivo de justificar la dominación capitalista.

EL SUSTENTO IDEOLÓGICO NEOLIBERAL.

Si la vertiente walrasiana provee la imagen de profesionalidad que muestra el economista ortodoxo, la corriente austríaca de los neoclásicos brinda los fundamentos de su ideología neoliberal. Esta vertiente surgió a fines del siglo XIX con Menger y B.Bawerk y se forjó con Hayek y V.Mises entre los años 30 y 50, a través de la fanática impugnación del socialismo y la batalla contra el “estado benefactor” keynesiano. Su prédica tuvo escasa

repercusión hasta que en la década de los 80 fue adoptada masivamente por las clases dominantes.

Plantean la inevitabilidad de las desigualdades sociales, la subordinación de los principios democráticos a la invulnerabilidad de la propiedad y reivindican la supremacía irrestricta del mercado y la competencia para aleccionar al consumidor y alentar la innovación tecnológica de los empresarios.

A diferencia de los walrasianos reconocen el carácter incierto del devenir económico, la imperfección de la racionalidad individual, la incertidumbre de la inversión y la fragilidad de las preferencias de los consumidores. Pero de la aceptación de estas dificultades no deducen la necesidad de regular de los mercados, sino por el contrario la conveniencia de liberarlos de cualquier interferencia. Su enfoque nutre las dos ideas centrales del neoliberalismo: el carácter natural del orden mercantil y la necesidad de un darwinismo social competitivo para el progreso de la sociedad.

Pero estas tesis ocultan que el mercado no es un ente atemporal, ni un mecanismo espontáneo de la vida social. Es el instrumento específico de un régimen económico-social capitalista basado en la propiedad privada de los medios de producción y la explotación del trabajo asalariado. Este sistema funciona mediante una sucesión de desajustes cíclicos entre la producción y el consumo, entre la acumulación y el ahorro y entre la ganancia esperada y obtenida, que desmienten las imágenes idílicas del neoliberalismo.

Es falso que la competencia compulsiva prevaleciente en el capitalismo facilite el progreso colectivo. Periódicamente desemboca en situaciones de sobreproducción, pérdidas y derroches, cuya reversión constituye solo un paréntesis entre una crisis y otra. Los neoliberales ocultan que el patrón de la rentabilidad que regula el sistema es la causa del desempleo, la pobreza y la explotación, porque obliga a los asalariados a vender su fuerza de trabajo y a los profesionales a convertir sus conocimientos en mercancías que enriquecen a las minorías privilegiadas.

Esta dramática realidad del capitalismo es encubierta con los fetiches surgidos de la superstición de la “mano invisible”, que ha inspirado una literatura que bordea el ridículo. Cuando por ejemplo la figura del “individuo” –construida en torno al empresario- es extendida a los trabajadores, aparecen todas las fábulas de obreros que eligen sus puestos de trabajo de acuerdo a la conveniencia de “aumentar el esfuerzo y reducir el ocio” e irrumpen las fantasías sobre los “desempleados voluntarios” que optan por no trabajar para seguir disfrutando de su inactividad. La absurda equiparación de todos los individuos en la categoría de “agentes” simplemente olvida que en un sistema económico basado en la desigualdad social, la “soberanía del consumidor” es tan ficticia, cómo el dilema de ahorrar o invertir para quienes carecen de capital.

Los razonamientos que utilizan los austríacos partiendo de criterios de consumo desconectados de las condiciones de producción generalizan indebidamente conclusiones extraídas de modelos de acción individual. Proyectan a todos los actores económicos lo que presumen aceptable para una persona, ignorando el condicionamiento social que tiene cualquier elección bajo el capitalismo.

Los conceptos neoliberales conforman una ideología en cualquier acepción del término. Cómo interés y programa de la clase social dominante ha servido de instrumento a la ofensiva social del capital sobre el trabajo y cómo creencia ilusoria han nutrido una “falsa conciencia” de la realidad. El neoliberalismo naturaliza el desempleo, universaliza la lógica del mercado, glorifica el egoísmo individualista, legitima la explotación y crea una mitología del consumidor y del accionista. Es una teoría vulgar, porque cierra los ojos

frente a cualquier episodio indicativo de los desequilibrios que genera la competencia. Es también una concepción apologética, porque atribuye los acontecimientos perturbadores del capitalismo a causas “exógenas” y renuncia a cualquier línea de investigación que resulte conflictiva con los intereses de las clases dominantes.

Pero en esta ideología se apoyan todas las propuestas de la ortodoxia contemporánea. El neoliberalismo es el fundamento de la exigencia monetarista de recortar la emisión para aumentar el disciplinamiento social y asegurar la libre movilidad del capital financiero. Es el pilar del ofertismo impositivo, que exige a los pobres hacerse cargo del financiamiento del estado para incentivar a los empresarios a crear nuevos puestos de trabajo. Es el basamento de la actitud reverencial hacia los mercados que caracteriza a teoría de las “anticipaciones racionales”, que postula la capacidad de los capitalistas para neutralizar cualquier medida que los afecte y recomienda apuntalar siempre el beneficio de este sector.

CIUDADANOS Y CIENTISTAS SOCIALES.

Los institucionalistas intentan salir del ámbito cerrado que han construido los neoclásicos para reproducir profesionales exclusivamente dedicados a custodiar los intereses de las grandes corporaciones. Rechazan la teología neoliberal, reconociendo la existencia de conflictos sociales, que proponen armonizar a través del consenso institucional.

Plantean que la función del economista es contribuir a esta conciliación mediante la elaboración de distintas alternativas económicas, que la sociedad puede seleccionar a través del voto y estiman que este mecanismo político permite contrabalancear el poder de los sectores de mayor poder y riqueza. Frente a la defensa ortodoxa del agente y el mercado reivindican el compromiso con la ciudadanía y el estado, contraponiendo al mito de la neutralidad profesional la realidad del economista involucrado con los distintos grupos sociales.

Pero esta imagen del economista contemporizador choca con el evidente escollo de la división clasista de la sociedad y la concentración del poder en manos de los capitalistas. Aunque el economista pudiera difundir los costos y beneficios de cada alternativa, los márgenes de elección de las mayorías permanecerían rigurosamente acotados. La propiedad privada de los medios de producción pone límites muy estrictos a cualquier decisión popular que afecte los intereses de las grandes empresas.

Los institucionalistas rechazan la fantasía neoclásica del individuo soberano optimizador, pero recaen en una ilusión equivalente cuándo suponen que la ciudadanía puede resolver a través de su voto el rumbo del proceso económico. Olvidan que en el capitalismo contemporáneo la “opinión de los mercados” (es decir las grandes corporaciones) opera cómo el determinante efectivo de las decisiones económicas.

Los institucionalistas rechazan otorgarle a la economía un status superior que al resto de las ciencias sociales. Retoman la tradición de la economía política clásica y se oponen a separar tajantemente a la economía de la sociología, la política o la historia, buscando superar la artificial taylorización académica. Al proponerse investigar el marco social, político, técnico y cultural de la actividad económica se distancian del perfil neoclásico y se aproximan al modelo de los científicos sociales. Pretenden integrar el campo de estos investigadores y compartir su búsqueda de respuestas científicas al estudio de la sociedad.

Pero este objetivo no es alcanzable a través de meros impulsos de aprendizaje de la realidad. El campo de los científicos sociales es muy diferente a su equivalente de las ciencias duras, puesto que no goza del mismo grado de autonomía social e ideológica. Mientras que la emancipación de las ciencias naturales primero de la tutoría religiosa y luego de la presión ideológica de las clases dominantes fue una condición perdurable para

su desarrollo y continúa siendo una necesidad práctica del proceso de valorización, las ciencias sociales no pueden alcanzar bajo el capitalismo este nivel de libertad. Están bajo la custodia permanente de la burguesía, que gobierna reproduciendo su hegemonía ideológica. Por esta razón las pautas de validación de los descubrimientos vigente entre los físicos, matemáticos o biólogos, no se extienden a las ciencias sociales.

Los institucionalistas ignoran estos condicionamientos y no reconocen la influencia que tienen las cosmovisiones ideológicas y los puntos de vista de clase en las “miradas” previas de los economistas. Tampoco aceptan que la economía convencional presenta más dificultades que otras ciencias sociales para ser integrada a un campo científico, por la función estratégica que cumple en favor de la dominación capitalista.

La asimilación de los economistas al campo de los científicos sociales exige un compromiso muy serio con la investigación genuina. Este fue el caso en el pasado de la economía política, que Marx contrastó con la economía vulgar. La misma separación que estableció entre Ricardo y Say se puede proyectar a Keynes, Schumpeter y Sraffa frente Milton Friedman, Samuelson o Lucas, porque el corte entre economía científica y vulgar no es cronológico sino conceptual. Más que diferenciar dos etapas de la historia del pensamiento económico, expresa una división entre intérpretes rigurosos y observadores superficiales del funcionamiento del capitalismo que se ha replanteado frente a cada transformación significativa de este sistema. Pero en el institucionalismo actual no predominan los continuadores de la vertiente científica, sino más bien una tendencia adaptativa a la ortodoxia.

Y esta carencia está muy ligada a sus limitaciones teóricas de la heterodoxia.

TEORÍAS HETERODOXAS.

Las concepciones heterodoxas interpretan a las instituciones como creaciones histórico-sociales, que precediendo a los mercados conforman la estructura central del proceso económico. Destacan, además, la existencia de una gran variedad de agentes en esta actividad, en oposición a criterios individualistas de los neoclásicos.

La heterodoxia reúne a diferentes escuelas que reivindican la determinación institucional de la economía, la existencia de imperfecciones del mercado y la gravitación de la incertidumbre. De este tronco común se nutre el estudio neo-schumpeteriano de la innovación, el análisis regulacionista de los modelos de trabajo y la analogía evolucionista del cambio económico con el proceso de la selección natural.

Cada una de estas corrientes ha contribuido a esclarecer aspectos del funcionamiento contemporáneo del capitalismo (transformaciones tecnológicas, volatilidad del capital financiero, comportamiento de las firmas, modalidad del proceso laboral, metodología de la economía). Pero ninguna analiza este régimen social como un sistema históricamente transitorio de origen definido, final posible y desarrollo sujeto a contradicciones internas que socavan su continuidad.

La heterodoxia generalmente retrata las modalidades productivas vigentes en cada país o período histórico, pero no interpreta adecuadamente cómo se genera y distribuye el beneficio. Contextualiza la investigación, pero omite siempre analizar el problema de la explotación, que es el rasgo central del capitalismo. Por ejemplo, realizan constantes referencias al papel de las instituciones, las tradiciones culturales o las condiciones técnicas en los acontecimientos económicos, pero nunca hablan de la plusvalía extraída a los trabajadores.

Esta omisión les impide discriminar entre los fenómenos decisivos y secundarios del proceso de valorización. No plantean que los derechos de propiedad son más estratégicos

que las normas regulatorias de la competencia para la reproducción del capital, o que los mecanismos de control del proceso de trabajo son más vitales que las reglas impositivas para asegurar la continuidad de la acumulación. Tampoco distinguen los procesos necesarios (la explotación) de los contingentes (el monopolio), ni los fenómenos determinantes (procesos productivos) de los determinados (sucesos financieros) de la reproducción.

Cada vertiente heterodoxa enfatiza alguna peculiaridad del capitalismo, pero todas rehuyen investigar la fuente del beneficio. Estudian las instituciones pero no su carácter de clase y analizan la distribución del ingreso pero sin relacionarla con la competencia por la apropiación del trabajo excedente. Investigan las rentas tecnológicas, pero sin observar su fundamento en el trabajo no remunerado y estudian el proceso de "selección mercantil", omitiendo que se asienta en la propiedad de los medios de producción.

La heterodoxia asigna el papel protagónico del proceso económico a diversos agentes colectivos (clases, comunidades, asociaciones, actores), pero desconoce que la acumulación no emerge espontáneamente de cualquier tipo de agregaciones humanas. Ignora que las clases dominantes y dominadas cumplen un rol estratégico en los procesos de trabajo y valorización de mayor gravitación que otros actores sociales. Establece una indiscriminada variedad de configuraciones y equipara todos los conflictos sociales, porque naturaliza las relaciones capitalistas diluyendo el rasgo central del sistema, que es la apropiación empresaria del valor excedente creado por los asalariados.

Los modelos heterodoxos no explican las causas, tendencias y direccionalidades del desarrollo capitalista. Se limitan a detallar cómo las firmas desarrollan sus intercambios con el medio ambiente (evolucionistas), cómo los empresarios modifican sus prioridades de ahorro e inversión (pos-keynesianos), cómo las instituciones se adaptan a las condiciones de productividad con el paso de la acumulación extensiva a la intensiva (regulación).

Es cierto, por otra parte, que la heterodoxia retoma el abordaje de la economía política como una ciencia factual al estudiar hechos con racionalidad y sistematicidad. Desarrollan teorías complementando la reflexión analítica con la comparación histórica y reconocen que en economía no es posible aislar artificialmente los fenómenos para su observación, ni se puede recurrir a la experimentación en gran escala.

Pero aunque este enfoque reintegra la economía a las ciencias sociales frente al reduccionismo optimizador de los neoclásicos, no logra transformar a esta disciplina en un instrumento de comprensión integral del capitalismo. Para alcanzar este objetivo no basta con la formulación parcial de leyes sociales, ni con la enunciación de principios sistémicos o mecanismos de evolución. Se requiere esclarecer cuáles son las leyes específicas del capital.

ECONOMISTAS CRÍTICOS.

Los críticos agrupan a todos los economistas que plantean una impugnación radical de los mitos neoclásicos, denuncian los atropellos empresarios, desenmascaran la cruda realidad del capitalismo y buscan desarrollar su actividad en el seno de las organizaciones populares. Nuclean a los adversarios frontales de la ortodoxia, pero también a los opositores de las ilusiones conciliatorias del institucionalismo.

Los críticos son conscientes que el economista no puede situarse por encima de los antagonismos sociales, sino que debe ubicar su acción en el bando de los oprimidos o de los opresores. Partiendo de esta definición, en vez de actuar como consultores de organismos, asesores de inversiones o funcionarios del ajuste buscan su lugar entre los oprimidos. Encaran la investigación descartando la actitud de observador positivista neutral y

reconociendo los intereses sociales que subyacen en la confrontación de ideas económicas. Por eso participan de los ámbitos pluralistas que permiten el desarrollo del pensamiento crítico.

Los antecedentes de esta corriente de economistas pueden rastrearse en el siglo XIX entre los socialistas ricardianos, que erigían sindicatos aplicando la teoría del valor-trabajo a la denuncia de la explotación y en los socialistas utópicos, que imaginaban sistemas de organización social superiores del capitalismo. Durante la segunda mitad del siglo pasado integraron esta escuela numerosas vertientes del keynesianismo radical comprometidas en la batalla por la redistribución progresiva del ingreso. Dos formaciones continuadoras de esta tradición en las últimas décadas son los “radicals” norteamericanos y la izquierda regulacionista francesa.

Pero el sector más estructurado y consecuente de la economía crítica son los marxistas, porque además de tomar partido en favor de los asalariados y orientar su trabajo intelectual hacia los problemas de la clase trabajadora defienden un proyecto socialista emancipatorio. Su enfoque está centrado no sólo en la defensa o recuperación de las conquistas sociales, sino en la construcción de una sociedad libre de explotación y desigualdades.

Los marxistas retoman una larga tradición de integración de la elaboración teórica y la práctica militante. El modelo de fusión de intelectual, economista y político socialista que inauguró Marx fue seguido desde los años 30 y 40 por muchos teóricos (Luxemburgo, Bujarin, Hilferding, Rubín, Preobrazhensky), que desarrollaron su principal actividad en las organizaciones socialistas y comunistas. Posteriormente comenzó un entrecruzamiento con la vida académica, que dio lugar a diferentes combinaciones de militancia, labor intelectual independiente e inserción universitaria. Algunos autores mixturaron estas tres actividades (Mandel, Sweezy, Dobb), mientras que otros se desarrollaron en alguno de estos tres ámbitos (Grossman, Rosdolsky, Mattick, Braverman). Estas mismas combinaciones han perdurado hasta la actualidad.

La recepción de la economía marxista sufrió un severo golpe con el derrumbe del “socialismo real”. De la moda de los 70 y del interés de los 80 se pasó a un rechazo, que en los 90 alcanzó rasgos de totalitarismo maccartista. Pero esta etapa reactiva se está agotando y el estudio de Marx vuelve a cobrar relevancia. La ruptura con el pensamiento dogmático que caracterizó al “marxismo oficial” de los “ex países socialistas” y la creciente inclinación a reflexionar sobre su propio objeto teórico están revitalizando a esta corriente de pensamiento.

SINGULARIDAD TEÓRICA DE LOS MARXISTAS.

El marxismo es una referencia teórica central para todos los economistas críticos. Quiénes no adscriben abiertamente a esta concepción dentro de este grupo se apoyan en su mixtura con nociones de la heterodoxia radical. En algunos casos esta combinación intenta aunar la visión dinámica de ambas escuelas en una caracterización común de las etapas o formas de regulación del capitalismo (radicals) y en otros enfoques se pretende integrar la mirada “sistémico-holista” y la jerarquización común del proceso reproductivo (neo-ricardianos) frente al individualismo neoclásico.

Pero este ensamble no toma en cuenta que el marxismo –en sus diversas corrientes internas– propone un abordaje del objeto de la economía distinto y superador de la heterodoxia. Busca esclarecer el origen, las contradicciones y la evolución histórica del capitalismo, explicando porqué la dinámica de este sistema es diferente de otros modos de producción y analizando sus leyes como conjunciones de tendencias y contra-tendencias, que operan en ciertas condiciones de la lucha de clases. Este enfoque permite descubrir fundamentos del

proceso económico, que son invisibles desde el estudio heterodoxo de la plasticidad o rigidez de las instituciones.

La investigación de las leyes del capital parte de una caracterización objetiva del valor, que atribuye al trabajo socialmente necesario para la producción de las mercancías un papel determinante en la formación de los precios, de la ganancia y por lo tanto del comportamiento de la inversión. Este enfoque estudia el proceso de acumulación a partir de la extracción de plusvalía y su conversión en capital, interpretando al beneficio como un resultado de esta confiscación. Explica, además, el nivel del salario en función del valor de la fuerza de trabajo y la confrontación clasista.

El marxismo destaca que esta lógica objetiva de la reproducción basada en la competencia por el lucro conduce a crisis periódicas, padecimientos sociales y situaciones de irracionalidad general, que la heterodoxia desconoce. Analiza cómo el propio proceso de acumulación genera sistemáticos desequilibrios, que desembocan en una desconexión de las necesidades sociales de la población con el principio regulador del beneficio y en la recreación de grandes polos de miseria y desempleo en medio de la sobreproducción de bienes. El marxismo subraya que la valorización del capital genera aumentos de la relación maquinaria-mano de obra (composición orgánica del capital), que determinan una tendencia decreciente de la tasa de ganancia causante de grandes crisis. Destaca que el carácter cíclico del proceso global de producción y sus secuelas de quebranto y desocupación no es un acontecimiento natural, ni resultante de la impericia gerencial o el desacierto gubernamental, sino un producto del funcionamiento intrínsecamente contradictorio del capitalismo.

Todos los economistas críticos cuestionan el orden existente, batallan en común contra el atontamiento mercantil que difunden los medios de comunicación y en favor de las reivindicaciones populares. Pero los marxistas acompañan esta acción con un análisis del modo de producción vigente focalizado en la relación antagónica del capital con el trabajo. La centralidad de esta oposición, que no es reconocida por ninguna otra escuela constituye un elemento insoslayable para la comprensión de la dinámica del capitalismo.

La atención en la confrontación clasista y en la tradición, conciencia y experiencia política de los intervinientes en esta lucha conduce a un enfoque radicalmente distinto a la descripción heterodoxa de los grupos sociales favorecidos o afectados por el impacto de las variables económicas. El análisis marxista no se limita a un retrato del conflicto social. Remarca el protagonismo de las clases oprimidas, explicando porqué este sector representa el único sujeto capacitado para modificar y sustituir al capitalismo por otro régimen social, en el marco de realidades histórico-sociales diferentes en cada país.

El cuerpo teórico del marxismo no forma parte ni debe mixturarse con la heterodoxia. Sólo comparte cierto universo de preocupaciones comunes que le ha permitido desarrollar numerosas investigaciones partiendo de las percepciones de esa corriente. Pero siempre desarrolló su propio enfoque asimilando y polemizando simultáneamente con estas contribuciones. Las teorías clásicas del imperialismo (Lenin), del capital financiero (Hilferding) o de las crisis de realización (Luxemburgo) tomaron, por ejemplo, el material empírico y la conceptualización inicial de autores pre-keynesianos (Hobson). Pero elaboraron nuevos conceptos a través de una reinterpretación radical de estos antecedentes. Esta absorción, crítica y superación del pensamiento heterodoxo han estado presentes en todas las reflexiones de la economía marxista del siglo XX.

LAS TRES MODALIDADES EN AMÉRICA LATINA.

Los ortodoxos han logrado en la última década una influencia en América Latina muy superior al promedio mundial y sólo comparable a la alcanzada en los países del Este Europeo. Algunas figuras como Cavallo o Aspe se han ubicado incluso en la elite mundial de economistas neoliberales.

Los ortodoxos son personajes muy apreciados por el “establishment” de la región. Se gradúan en universidades privadas (o públicas privatizadas), cursan posgrados en Estados Unidos, se adiestran como asesores, obtienen los contratos del FMI y el BM y luego ocupan los cargos estratégicos del estado. Una vez consagrados, las fronteras entre sus actividades públicas y privadas se borran por completo. Saltan de un ministerio a una consultora y de los directorios de las empresas a la dirección de las secretarías. Son frecuentemente invitados a difundir sus doctrinas en las universidades, aconsejan por televisión a los presidentes y reciben halagos de los organismos internacionales.

El avance de los economistas neoliberales ha sido fulminante en todas las esferas educativas y profesionales de Latinoamérica. En Brasil se desempeñan como los “policymakers” de los gobiernos y dominan el sector norteamericanizado de la enseñanza, originalmente constituido en torno a la fundación Ford y el Instituto Getulio Vargas. En México controlan los institutos afines a la ortodoxia (Itam) beneficiados por una reorganización de la enseñanza que eliminó áreas de estudio y recortó salarios en las entidades adversas a esa orientación (Unam, Cide). En Argentina dirigen las instituciones neoliberales más vinculadas al estado (Cema, Fiel).

La gravitación de la ortodoxia se remonta en América Latina a los “tecnócratas científicos”, que hasta los años 30 acompañaron a todos los gobiernos liberales. Pero ninguno de sus personajes alcanzó la influencia que actualmente tienen los economistas neoliberales, como G. Calvo. El avance de este grupo se consumó mediante el desplazamiento de la heterodoxia representada en la región por los economistas de la Cepal (Prebisch, Ferrer, Furtado), que durante décadas apuntalaron el proyecto industrializador de las burguesías nacionales. Toda la generación de economistas volcados al sector público, con metas nacionalistas y preocupados por planeamiento ha sido absorbida por la ortodoxia. Los hombres de la “nueva Cepal” (Iglesias, Rosenthal, Foxley) han asimilado el estilo de los neoliberales, especialmente cuando asumen cargos gubernamentales o integran el staff de negociadores con el FMI.

Por su parte, los economistas críticos de temas latinoamericanos (R.M. Marini, G. Frank, Th. dos Santos) alcanzaron su mayor influencia en los años 60 y 70 combinando la acción antiimperialista con la elaboración de la teoría de la dependencia. La vertiente nacionalista de esta concepción radicalizó las ideas de la Cepal investigando el subdesarrollo periférico, el dualismo estructural y el intercambio desigual. Los marxistas profundizaron este análisis, investigando como las tendencias polarizantes de la economía mundial acentúan el endeudamiento y el carácter fragmentario de la industrialización regional. Pero la repercusión de estos enfoques comenzó a declinar con la crisis económica, las derrotas de los movimientos populares y el reflujo de la lucha antiimperialista. En la última década los economistas dependentistas y marxistas perdieron posiciones y sufrieron el embate reaccionario del neoliberalismo.

Una parte de los economistas críticos protagonizó el proceso de “deserción de los intelectuales” (Castañeda, F.H. Cardoso), que primero abandonaron el cuestionamiento teórico del imperialismo y luego apoyaron la transformación fondomonetarista que ha sufrido América Latina. En la actualidad, este sector forma parte del grupo de funcionarios que mixtura discursos socialdemócratas con prácticas neoliberales en varios gobiernos de la

región (especialmente Chile y Brasil). Constituyen una elite socialmente inserta en el sector de la clase media regional que logró sustraerse del desastre pauperizador que soporta la región. Como economistas, han adoptado todos los vicios formalistas y profesionalistas requeridos para hacer carrera en los organismos internacionales.

UNA NECESIDAD DE LAS CLASES DOMINANTES.

El ascenso de los economistas ortodoxos fue promovido en América Latina por los sucesivos gobiernos norteamericanos que buscaron reducir la influencia de la Cepal, a través de una campaña de “profesionalización” de la enseñanza de economía, que se inició en los años 50 con el convenio suscripto por la Universidad de Chicago con la Universidad Católica de Chile.

El personal surgido de esta iniciativa nutrió al pinochetismo y se transformó luego en el grupo que afianzó el perfil neoliberal de ese país. Este modelo de copamiento académico fue luego exportado a todos los países latinoamericanos a través de la creación de fundaciones, inicialmente financiadas por los sectores liberales y posteriormente apoyadas por el conjunto de la clase dominante de la zona.

Los ortodoxos han utilizado la bandera de la “especialización técnica” para adaptar el cuerpo de funcionarios del estado al modelo privatizador y aperturista. Pero los nuevos economistas adiestrados en la formalización no están más capacitados que sus antecesores. Simplemente son mejores consultores de empresas que orientadores de proyectos públicos de inversión. La consagración técnica ha sido un mecanismo de legitimación, que los “Chicago boys” desarrollaron localizando las reuniones de la Sociedad Econométrica en América Latina y galardonando a profesionales de la región.

El reemplazo tecnocrático de los políticos por economistas neoliberales tiene en la zona mayor envergadura que en los países desarrollados por el carácter inestable de los regímenes políticos. La interrupción de mandatos, la desintegración de los gobiernos y las crisis de los estados son acontecimientos corrientes en Latinoamérica, que han permitido a los ortodoxos saltar rápidamente de la “gerencia media” a la cúspide de los gobiernos. Este avance se extiende al propio cargo clave de ministro de economía, que sólo excepcionalmente es ocupado por “hombres de partido”. La creencia que el economista no participa de la lucha por el botín presupuestario -o que está comprometido en erradicar la corrupción- ha sido refutada por los incontables escándalos de los gobiernos de la región.

Los ortodoxos llegan generalmente al poder como salvadores de la sociedad en medio de situaciones dramáticas, difundiendo discursos anti-estadistas e incriminatorios de las ineficiencias del sector público. Pero una vez en el gobierno se tornan intervencionistas especializados en rescatar a bancos y empresas con los fondos del tesoro. Son fanáticos defensores del libremercado en el plano conceptual y pragmáticamente estadistas en el manejo de la política económica.

Por eso cambian de argumentos con una frecuencia inusitada. Prometieron, por ejemplo, que la deuda externa se reduciría con las privatizaciones, pero como el pasivo se duplicó en la década del 90 ahora reconocen que el problema continúa siendo tan grave que nadie debería atreverse a mencionar la palabra moratoria. Sin embargo, en otras ocasiones destacan que una deuda tan elevada sólo constituye un dolor de cabeza para los acreedores.

Este mismo doble discurso repiten frente a la expansión de la pobreza. A veces niegan este aumento impugnando su fundamento estadístico y en otras oportunidades aceptan la evidencia, pero argumentando que el problema es la “insuficiencia de las reformas”. La misma variabilidad presenta sus opiniones de la apertura comercial y la desregulación

financiera. A veces evalúan que “ya han sido muy exitosas”, pero en otros momentos estiman que todavía provocan los “costos de la transición” hacia una prosperidad futura.

Estos infinitos vaivenes a veces pasan desapercibidos bajo el apabullante marketing que disfraza sus oscilaciones. El periódico aterrizaje en Latinoamérica de las estrellas del pensamiento ortodoxo y la repetición de sus elogios por parte de las mentes colonizadas continúa siendo un elemento central de esta campaña de ventas. Pero esta falta de coherencia de los ortodoxos confirma que es el único hilo conductor de su razonamiento es la justificación de las ganancias de la clase dominante.

El protagonismo de los ortodoxos deriva especialmente de su rol de intermediarios en la negociación de la deuda externa. Aquí actúan a ambos lados del mostrador, cómo representantes de los acreedores o cómo voceros de los deudores. Puesto que su actividad oscila permanentemente entre el sector público y privado trabajan según la ocasión para uno u otro sector. Esta dualidad es obviamente ficticia porque cualquiera sea el lugar que ocupen en las tratativas, siempre defienden los intereses de los grupos financieros que garantizan el provenir de sus carreras. La falta de lealtad hacia el estado nacional de esta “nueva cosmocracia” diferencia claramente al economista mundializado de las tradicionales burocracias nacionales.

Los ortodoxos son los principales transmisores de la ideología neoliberal en una región que ha sido el gran laboratorio de esta concepción. Hayek y Friedman supervisaron personalmente el experimento chileno, J.Sachs probó en Bolivia el “shock anti-inflacionario” y varios economistas del “manistream” (S. Fisher, Dornbursh) dirigieron el ensayo privatizador de la Argentina.

En última instancia el ascenso de la economía ortodoxa en América Latina expresa el giro operado por las clases dominantes hacia una inserción más dependiente y periférica de la región en la división internacional del trabajo. Las burguesías regionales han renunciado a desarrollar procesos autónomos de acumulación nacional, en favor de una alianza subordinada con el capital extranjero y por eso sustituyen al tradicional economista de la Cepal por el tecnócrata neoliberal. Estos individuos han quedado situados en el primer plano de la política latinoamericana porque cumplen todas las condiciones para viabilizar este proceso de recolonización.

NEOESTRUCTURALISTAS Y EX DEPENDENTISTAS.

La ortodoxia ha desplazado en el plano teórico al estructuralismo, que fue la concepción heterodoxa desarrollada por la Cepal para analizar el intercambio desigual, la heterogeneidad estructural y la relación centro-periferia. El estructuralismo se inspiró en el institucionalismo keynesiano e incluso se pueden establecer llamativos paralelos entre las figuras de Prebisch y Keynes. Buscó ilustrar cuáles son las limitaciones que enfrentan las economías periféricas para emerger del subdesarrollo y durante una corta etapa impulsó también propuestas de reforma agraria, fiscalidad progresiva y redistribución de ingresos.

Pero todo ese enfoque ha quedado definitivamente archivado en la “nueva Cepal”, que renuncia al desarrollo autónomo y acepta el proceso de recolonización. El neoestructuralismo –que teorizaron O.Sunkel, J.Ramos y R.French-Davis- es la expresión conceptual de este replanteo y se basa en aceptar todas las críticas que tradicionalmente formuló la ortodoxia contra la Cepal (proteccionismo, desconfianza del mercado, estatismo). Los neoestructuralistas hablan de equilibrio macroeconómico, competitividad, disciplina fiscal e inserción externa y aceptan los ajustes antipopulares que impone el FMI. Una amnesia generalizada afecta a los autores que en pasado explicaban porqué este rumbo conduce a perpetuar el carácter periférico de la región.

Los neoestructuralistas han sustituido la elaboración de conceptos originales por la absorción pasiva de las modas neoclásicas. Un ejemplo de esta asimilación es la “teoría del crecimiento endógeno”, que justifica la intervención del estado para facilitar la innovación y la inversión a través de incentivos impositivos al capital, cuando las “fallas de mercado” generan “sub-óptimos”. El neoestructuralismo ha tomado de este razonamiento ortodoxo la justificación de políticas intervencionistas compatibles con las exigencias del FMI. Otro ejemplo es el uso de los modelos evolucionistas para ilustrar la multiplicidad de “trayectorias posibles” hacia la economía competitiva y abierta que reclaman los acreedores.

El frecuente contrapunto entre el neoestructuralismo y el neoliberalismo es totalmente artificial, porque la “nueva Cepal” comparte los objetivos de la ortodoxia. Las divergencias sobre “gradualismo o shock” existen dentro de ambas escuelas y por eso también la típica división entre neoliberales y antiliberales se ha vuelto insustancial, ya que son mayoritarios los defensores de la flexibilización laboral, la desregulación financiera y la privatización irrestricta en las dos corrientes. Los neoestructuralistas, que proponen erigir “una economía competitiva” en Latinoamérica pero recurriendo a “políticas industriales activas”, “privatizaciones reguladas” y medidas de protección social, no difieren en los hechos del “capitalismo salvaje” que tanto cuestionan. Hasta ahora no han logrado descubrir la fórmula para pagar la deuda sin cortar los servicios sociales, para privatizar sin aumentar el desempleo o para incentivar la exportación sin bajar los salarios.

Esta adaptación al neoliberalismo es aún más fuerte entre los ex dependentistas que presentan sofisticadas teorías para avalar el pago de la deuda externa y la apertura comercial. Justifican, por ejemplo, estas políticas por la “inexistencia de una clase empresaria innovadora”, como si esta ausencia convirtiera al capital extranjero o los bancos acreedores en promotores del desarrollo.

Al proclamar que la “burguesía latinoamericana es rentista” y defender al mismo tiempo al capitalismo como sistema, enfrentan el dilema sin solución de reivindicar un régimen social cuyo agente protagónico es misterioso.

Pero la supresión de la palabra imperialismo del lenguaje oficial no elimina la necesidad de superar el carácter periférico y dependiente de América Latina. Por eso los economistas críticos -que en la Argentina trabajan en Universidades como la UBA y Quilmes o en institutos como el Idep, Iade o Flacso- están conceptualizando los viejos problemas de la dependencia a la luz de las transformaciones registradas en el capitalismo mundial. Para este análisis el cuerpo teórico del marxismo resulta indispensable, especialmente en la demostración que la raíz de los problemas de la región no radica solo en el “modelo neoliberal”, sino en el sistema social que históricamente ha frustrado el desarrollo de Latinoamérica.

LA BATALLA CONTRA EL “AUTISMO”.

La ortodoxia hegemoniza la actividad de los economistas, pero ya no detenta la misma autoridad que a principios de los 90. Es el blanco principal de todas las protestas contra la globalización capitalista que se manifiestan en las calles en Londres, Seattle, Praga o Niza, porque representan la cara visible del horror neoliberal. La resistencia contra sus políticas se expresa en un naciente movimiento internacionalista que polemiza permanente con sus teorías, pone de relieve sus incoherencias y les dificulta incluso encontrar un lugar de reunión alejado de las protestas populares.

El desprestigio del “manistream” está potenciado por las críticas que recibe en los últimos años el pensamiento neoclásico y su instrumentación por parte del FMI. Los

cuestionamientos están centrados en la política de ajuste impuestos a los países deudores, pero se extienden a la incapacidad de la ortodoxia para actuar en diversos terrenos. Incluso se han mostrado inoperantes en la gestión financiera de corto plazo, que es su área de mayor sabiduría. Resulta patético, por ejemplo, observar cómo terminó la quiebra de un importante fondo de inversión regentado por economistas laureados con el premio Nobel.

El divorcio que existe entre los diagnósticos de la ortodoxia y el curso de los acontecimientos ha creado también cierto desconcierto en la propia elite de economistas consagrados, que lamentan los resultados de la política fondomonetarista (Stiglitz), reconocen sus desaciertos (Camdessus), proponen medidas opuestas a su propia gestión (Sachs), o descubren que el capitalismo no es una panacea (Soros). Las justificaciones que plantearon de las crisis financieras recientes (“exceso de inversión”, “burbujas financieras”, “deudores irresponsables”) chocan con la evidencia de que los estallidos se localizan generalmente en los países que adoptan más fanáticamente la receta neoliberal. Por eso los ortodoxos quedan perplejos y no logran explicar porqué las naciones subdesarrolladas que más obedecieron a sus mandatos reciben los castigos más severos de la crisis.

Este clima de insatisfacción con el neoliberalismo ha reavivado la batalla en el campo de la enseñanza y la investigación. La avasallante colonización ortodoxa de las ciencias sociales coexistió en los últimos años con importantes críticas a sus postulados en el propio ámbito de los economistas. Particularmente existe un fuerte disgusto con la continua procreación de “idiots savants”, que egresan de la universidad adiestrados en la formalización pero incapaces de conceptualizar los problemas económicos.

Este rechazo ha comenzado a presentar formas cada vez más organizadas dentro de la comunidad educativa. El año pasado se difundió en Francia un llamamiento estudiantil “contra el autismo” de los economistas ortodoxos y su “pensamiento único”, que desencadenó un reclamo en favor del pluralismo en la enseñanza de la disciplina apoyado por muchos profesores. Las críticas del sector neoclásico abrieron una polémica nacional, cuya repercusión periodística condujo a la formación de una comisión ministerial que estudia un posible cambio de los planes de estudio. El movimiento no se opone a la formalización como afirman sus objetores, sino que ataca el monopolio neoclásico y propone retomar el estudio de la economía como ciencia social. Un debate del mismo tipo ha comenzado también en otros centros académicos del mundo.

En América Latina existen variadas expresiones de este mismo proceso de oposición a la ortodoxia. Desde 1996 los estudiantes de economía de Argentina intentan construir ámbitos alternativos -apoyándose como en México y Brasil- en la gran tradición de la economía crítica regional. La formación y coordinación de los organismos que nuclean a los opositores al “mainstream” -como la URPE de Estados Unidos, la SEP de Brasil y Economía Crítica de España y México- probablemente coloque esta batalla en un nivel muy superior en los próximos años.

Enero 2001.

Claudiok@arnet.com.ar

BIBLIOGRAFIA

-Anyul Martin Puchet. “La economía durante los 80”. Desarrollo Económico, n 129, abril-junio 1993, Buenos Aires.

-Bourdieu, Pierre. "Le champ scientifique". Actes de la Recherche en Science Sociales, n 1-2, Paris, 1976.

-Bunge, Mario. Economía y filosofía y economía. Tecnos, Madrid, 1982.

- Barceló Alfons. Filosofía de la economía. Icaria. Barcelona, 1992.
- Camou Antonio. “ Los consejeros del principe”. Nueva Sociedad, n 152,
- Coats A.W. The post 1945 internationalization of economics, Duke University Press, Durham, 1996.
- Eagleton Terry. Ideología, Paidos Barcelona, 1997.
- Fine, Ben. The new revolution in economics. Capital and Class, Spring, n 61, 1997.
- Freeman Alan. “Marx: the spectre haunting economics”. III Encontro Nacional de Economía Política. Rio de Janeiro, 9-12 junho 1988.
- Frey Bruno, Eichenberger Reiner. “ Economics and economists”. American Economic Review n 82, 2 may 1993.
- Gigliani Guillermo. “ Con los estudiantes franceses” (www.la insgnia, noviembre 2000).
- Guerrero Diego. Historia del pensamiento económico heterodoxo, Trotta, Madrid, 1997.
- Guillen Romo Hector. La contrarevolución neoliberal. Era, México, 1997 (cap 1, 2, 6).
- Harberger Arnold. “Good economics comes to Latin America 1955-95”. Coats A.W. The post 1945 internationalization of economics, Duke University Press, Durham, 1996.
- Heilbroner Robert, Milberg William. La crisis de visión en el pensamiento económico moderno. Paidos, Barcelona 1998.
- Hounie Adela, Pittaluga Lucía, Porcile Gabriel, Scatolin Fabio. “La Cepal y las nuevas teorías del crecimiento”. Revista de la Cepal n 68, agosto 1999, Santiago.
- Howard, M.C., King J.E. A history of marxian economics, vol II, Princeton 1992
- Ingham Geoffrey. "Some recent changes in the relationship between economics and sociology" Cambridge Economic Journal, vol 20, n 2, march 1996, London.
- Lebaron Frédéric. La croyance économique, Seuil, Paris, 2000.
- Loureiro Maria Rita. “The professional and political impact of the internationalization of economics in Brasil “. Coats A.W. The post 1945 internationalization of economics, Duke University Press, Durham, 1996.
- Mamou Yves. “L’Economie s’est-elle dissoute dans les mathematiques?”. Le Monde, 31.10-00.
- Montecinos Verónica, Markoff John. “El irresistible ascenso de los economistas”. Desarrollo Económico, n 133, abril-junio 1994, Buenos Aires.
- Richards Donald. “ The political economy of neo-liberal reform in Latin America”. Capital and class, n 61, London.
- Samuels, Warren. "The present state of institutional economics". Cambridge Economic Journal, vol 19, n 4, august 1995, London.
- Sapir Jacques. Les trous noirs de la science économique, Albin Michel, Paris, 2000.
- Silva Patricio. “ Ascenso tecnocrático y democracia en América Latina”. Nueva Sociedad, n 152, Caracas.
- Solow Robert. “L’Economie entre empirisme ete mathématisation”. (Le Monde 3- 1-01).
- Sotelo Adrián. “Globalización: estancamiento o crisis en América Latina?”. Problemas de Desarrollo n 120, enero-marzo 2000, México.

Octavas Jornadas de Economía, VI Encontro Nacional de Economía Política de la Sociedad, de Economía Política de Sao Paulo, Brasil, 14 de junio del 2001